



LA, FUSIÓN

MILES HIGH CLUB

TL SWAN

CHIC 

Gracias por comprar este ebook. Esperamos que disfrutes de la lectura.

Queremos invitarte a que te suscribas a la newsletter de Principal de los Libros. Recibirás información sobre ofertas, promociones exclusivas y serás el primero en conocer nuestras novedades. Tan solo tienes que clicar en este botón.



LA FUSIÓN

T L Swan

Miles High Club 2

Traducción de Eva García Salcedo



Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Agradecimientos

Sobre la autora

Página de créditos

La fusión

V.1: Septiembre, 2021

Título original: *The Takeover*

© T L Swan, 2020

© de esta traducción, Eva García Salcedo, 2021

© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2021

Todos los derechos reservados.

Esta edición se ha hecho posible mediante un acuerdo contractual con Amazon Publishing, www.apub.com, en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.

Diseño de cubierta: The Brewster Project

Publicado por Chic Editorial

C/ Aragón, 287, 2º 1ª

08009 Barcelona

info@principaldeloslibros.com

www.principaldeloslibros.com

ISBN: 978-84-17972-57-8

THEMA: FRD

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

La fusión

«Tristan Miles siempre consigue lo que quiere... Y ahora me quiere a mí».

Conocí a Tristan Miles cuando me hizo una oferta para comprar mi empresa. La rechacé. Luego me invitó a cenar. Lo rechacé. Seis meses después, nos reencontramos en Francia. Aunque he intentado rechazarlo de nuevo, hemos pasado el mejor fin de semana de mi vida. Pero lo nuestro no tiene futuro. Soy viuda y tengo tres hijos pequeños, y seguro que Tristan no busca nada serio, ¿verdad?

Vuelve la autora de *La Escala* con esta novela, *best seller* del *Wall Street Journal*

«*La fusión* es una novela brillante que demuestra que del odio al amor solo hay un paso. ¡Muy recomendable!»

Harlequin Junkie

*Quisiera dedicar este libro al alfabeto,
pues sus veintiséis letras me han cambiado la vida.
Me encontré a mí misma en esas veintiséis letras,
y ahora estoy viviendo mi sueño.
La próxima vez que digáis el alfabeto,
recordad su poder.
Yo lo hago todos los días.*

Capítulo 1

Suena el teléfono de mi mesa.

—Hola —digo.

—Hola, Tristan Miles por la línea dos —responde Marley.

—Dile que estoy ocupada.

—Claire. —Hace una pausa—. Es la tercera vez que llama esta semana.

—¿Y?

—Pues que, a este paso, no tardará mucho en cansarse de llamar.

—¿A dónde quieres llegar? —pregunto.

—Esta semana hemos entrado en déficit para pagar a los empleados. Y sé que no vas a reconocerlo, pero tenemos un problema, Claire. Deberías hablar con él.

Exhalo con pesadez y me froto la cara con una mano. Sé que tiene razón: nuestra empresa, Anderson Media, está en las últimas. Hemos reducido la plantilla a la mitad, de seiscientos empleados a trescientos. Desde hace meses, Miles Media y el resto de la competencia nos acechan como lobos, nos observan, a la espera del momento idóneo para atacar. Tristan Miles es el jefe de compras y el archienemigo de cualquier empresa con problemas económicos en el mundo. Como una sanguijuela, se adueña de las empresas que han tocado fondo, las arruina y,

entonces, con su inagotable fortuna, las hace resurgir de sus cenizas. Es la víbora más grande del nido. Se aprovecha del punto débil de cada compañía y cada año se embolsa millones de dólares por su cara bonita. Es un ricachón consentido con fama de ser extremadamente inteligente y frío como el hielo, además de no tener remordimientos.

Encarna todo lo que detesto de un empresario.

—Simplemente, escucha su propuesta. Nunca se sabe lo que podría ofrecer —suplica Marley.

—Venga ya —me burlo—. Las dos sabemos lo que quiere.

—Por favor, Claire. No puedes renunciar a la empresa de tu familia. No voy a permitírtelo.

Me embarga la tristeza. Odio haberme metido en este embrollo.

—De acuerdo, escucharé lo que tenga que decir, pero nada más —concedo—. Organiza una reunión.

—Estupendo.

—No te emociones. —Sonrío con suficiencia—. Lo hago para que dejes de darme la tabarra de una vez.

—Vale. De ahora en adelante, no diré ni una palabra. Lo juro.

—Ojalá. —Sonrío—. ¿Vendrás conmigo?

—Pues claro. El señoritingo puede meterse su dinero por donde le quepa.

Imaginar la escena me hace reír.

—Perfecto. Pues quedamos así.

Cuelgo y vuelvo a sumergirme en el informe. Ojalá fuera viernes y no tuviera que preocuparme por Anderson Media y las facturas durante un tiempo.

Solo faltan cuatro días.

* * *

El jueves por la mañana, Marley y yo nos dirigimos a la reunión con Tristan.

—¿Qué hacemos aquí otra vez? —pregunto.

—Quería que fuera en un lugar que conocierais los dos. Ha reservado una mesa en Bryant Park Grill.

—Qué tío más raro. Esto no es una cita —me burlo.

—Seguro que forma parte de su plan infalible. —Dibuja un arcoíris en el aire—. Estamos en terreno neutral. —De repente, abre los ojos a modo de broma—. Mientras tanto, intenta darnos por culo.

—Con una sonrisa en la cara. —Imito el gesto con suficiencia—. Espero que al menos sea agradable.

Marley se ríe y, a continuación, vuelve a actuar como si fuera mi consejera.

—No olvides la estrategia —me instruye mientras caminamos más deprisa.

—Sí.

—Repítemela para que me acuerde —dice.

Sonrío. Qué tonta es Marley, pero qué gracia me hace.

—Mantén la calma. No dejes que te saque de quicio —le aconsejo—. Escucha lo que tenga que decir con la mente abierta sin oponerte desde el principio, déjalo hablar como si te vendiera una póliza de seguros.

—Exacto. Qué buen plan.

—Eso espero, se te ha ocurrido a ti. —Llegamos al restaurante y esperamos en la esquina. Saco mi neceser del bolso y me retoco el pintalabios. Me he hecho un moño despeinado. Llevo un traje de pantalón azul marino con una blusa de seda color crema, unos zapatos de charol de tacón alto con la puntera cerrada y mis pendientes de perlas. Un atuendo apropiado. Quiero que me tome en serio—. ¿Qué tal estoy?

—Estás cañón.

Me cambia la expresión.

—No quiero estar cañón, Marley. Quiero parecer una tía dura.

Frunce el ceño y me sigue la corriente.

—Durísima. —Se da un puñetazo en la palma—. Pareces un miembro de Iron Maiden.

Dedico una sonrisa a mi maravillosa amiga. Lleva el pelo punki teñido de un llamativo color rojo y unas gafas rosas de ojos de gato a la última moda. Sus zapatos rojos hacen juego con su vestido, del mismo tono, y lo acompaña con una camiseta amarillo chillón y unas medias. Intenta ir tan moderna que, en realidad, parece desfasada. Marley es mi mejor amiga, mi confidente y la mejor empleada de la empresa. Lleva cinco años a mi lado. Su amistad es un regalo. No sé dónde estaría si no fuese por ella.

—¿Preparada? —pregunta.

—Sí. Todavía faltan veinte minutos. Quería ser la primera en llegar para tener ventaja.

Hunde los hombros.

—Cuando te pregunto si estás preparada, en realidad espero que contestes «nacé preparada».

La rozo al pasar por su lado.

—Pongamos fin a esto de una vez, anda.

Cuadramos los hombros, nos armamos de valor y entramos al vestíbulo. El camarero sonrío.

—Buenos días, señoritas. ¿En qué puedo ayudarlas?

—Pues... —Miro a Marley—. Hemos quedado con otra persona.

—¿Con Tristan Miles? —pregunta.

Frunzo el ceño. ¿Cómo lo sabe?

—Pues... sí.

—Ha reservado el comedor privado de arriba. —Señala las escaleras.

—Cómo no —mascullo en voz baja.

Marley hace una mueca asqueada y subimos las escaleras. La planta de arriba está desierta. Miramos a nuestro alrededor y reparo en el hombre que habla por teléfono en la terraza. Traje azul perfectamente entallado, camisa blanca de almidón, complexión alta y musculosa. Tiene el pelo castaño ondulado y lo lleva más corto por los lados que por arriba. No parece una víbora, sino un modelo.

—Joder, qué bueno está —susurra Marley.

—C-Calla... —tartamudeo. Me da miedo que la oiga—. Tú actúa como si nada, ¿vale?

—Sí, sí. —Me da una palmadita en el muslo y yo le doy otra en la espalda.

Tristan se da la vuelta y esboza una gran sonrisa mientras levanta un dedo para pedirnos que esperemos un momento. Dibuja una sonrisa totalmente falsa. Se gira para terminar la llamada y lo fulmino con la mirada, cada vez más furiosa. ¿Cómo se atreve a hacernos esperar?

—No hables —le susurro a Marley.

—¿Puedo emitir algún sonido? —murmura mientras lo mira de arriba abajo—. Porque tengo muchas ganas de silbarle. Sea o no sea un capullo.

Me pellizco el puente de la nariz. Menudo desastre.

—No hables, porfa —insisto.

—Vale, vale. —Hace un gesto con la mano para fingir que se cierra los labios con una cremallera imaginaria.

Tristan cuelga y se acerca a nosotras. Es la confianza personificada. Sonríe de oreja a oreja y nos tiende la mano.

—Hola, soy Tristan Miles. —Hoyuelos, mandíbula cuadrada, dientes blancos...

Le estrecho la mano. Es fuerte y grande. Al instante reparo en la sensualidad que desprende. Un pensamiento me hace retroceder enseguida: no puede saber que lo encuentro atractivo.

—Hola, soy Claire Anderson. Encantada de conocerle. — Luego señalo a Marley—. Le presento a Marley Smithson, mi asistente.

—Hola, Marley. —Sonríe—. Encantado de conocerte. — Hace un gesto con la mano para indicar la mesa—. Tomad asiento, por favor.

Me acomodo con el corazón en la garganta. Estupendo. Como si no estuviera alterada por la reunión, además tenía que ser guapo.

—¿Café? ¿Té? —Señala la bandeja—. Me he tomado la libertad de pedirnos el té de la casa.

—Café, por favor —digo—. Con leche.

—Lo mismo para mí —añade Marley.

Nos sirve los cafés con cuidado y nos los tiende junto con un plato de pasteles.

Tenso la mandíbula para no hacer ningún comentario sarcástico y, al fin, se sienta frente a nosotras. Se desabrocha la chaqueta del traje con una mano y se acomoda en el asiento. Me mira.

—Me alegro de conocerte por fin, Claire. He oído hablar mucho de ti.

Arqueo una ceja, molesta. Odio que tenga una voz grave tan *sexy*.

—Lo mismo digo —contesto.

Me fijo en los gemelos de ónice negro y oro que lleva en el traje y su enorme Rolex; este tío huele a dinero. El aroma de su loción para después del afeitado flota en el ambiente. Hago todo lo posible por no inhalar esa fragancia que me resulta de otro mundo. Miro a Marley, que sonrío como una tonta mientras lo mira... absolutamente embobada.

Genial.

Tristan se reclina en la silla con actitud relajada, confiada, y una expresión serena y calculadora en el rostro.

—¿Qué tal la semana?

—Bien, gracias —contesto. Está poniendo a prueba mi paciencia—. Vayamos al grano, señor Miles, ¿le parece?

—Tristan —me corrige—. Y tutéame.

—Tristan —rectifico—. ¿A qué se debe tanto interés en que nos reunamos? Me has llamado cada día durante todo el mes.

Se da unos toquecitos con el dedo en los labios carnosos como si mi comentario le hiciera gracia y me mira a los ojos.

—Llevo un tiempo pendiente de Anderson Media.

Arqueo una ceja.

—Ajá. ¿Y qué has descubierto?

—Que todos los meses despedes a parte del personal.

—Estoy reduciendo la plantilla.

—Pero no quieres hacerlo.

Este hombre tiene algo que me molesta.

—No me interesa su oferta, señor Miles —espeto. Alguien me da una patada en la espinilla y hago una mueca de dolor. ¡Ay, qué daño! Miro a Marley, que abre mucho los ojos para pedirme que me calle.

—¿Por qué crees que voy a hacerte una oferta? —replica con calma.

¿Cuántas veces habrá mantenido esta conversación?

—¿No es así?

—No. —Da un sorbo al café—. Me gustaría adquirir tu empresa, pero no estoy ofreciendo un pase gratuito.

—Un pase gratuito —repito, incrédula.

Marley me da otra patada. ¡Au, qué daño! La miro enfadada y ella esboza una amplia sonrisa para pedirme que haga lo mismo. «Sonríe, sonríe».

—¿Y a qué se refiere cuando habla de «pase gratuito», señor Miles?

—Tristan —me corrige de nuevo—. Y tutéame, por favor.

—Voy a llamarlo como me dé la gana.

Me obsequia con otra sonrisa atractiva que esboza lentamente, como si estuviera disfrutando cada segundo de la conversación.

—Está claro que eres una mujer apasionada, Claire, y es admirable, pero hablemos con seriedad de una vez, por favor.

Frunzo los labios y me obligo a guardar silencio.

—Durante los últimos tres años, tu empresa ha sufrido pérdidas notables. Muchos de tus anunciantes han dejado de confiar en ti. —Se lleva la mano a la sien sin dejar de mirarme—. Cuadrar las cuentas debe de ser una auténtica pesadilla.

Trago saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta mientras nos miramos fijamente.

—Yo podría encargarme de todo y, por fin, disfrutarías de un descanso más que merecido.

Me hierve la sangre de rabia.

—Eso te encantaría, ¿verdad? Jugar al buen samaritano y encargarte de todo. Acudir al rescate montado en tu corcel blanco y salvarme como todo un caballero.

Me mira a los ojos. Un atisbo de sonrisa le cruza el rostro.

—Voy a mantener a flote mi empresa, aunque sea lo último que haga. —Recibo otra patada y doy un respingo. Se me ha acabado la paciencia—. Marley, deja de darme patadas —susurro.

Tristan nos mira con cierta diversión.

—Eso, Marley, tú dale —la anima—. A ver si, de paso, le infundes algo de sentido común.

Pongo los ojos en blanco, avergonzada de que mi asistente se haya cebado con mis espinillas.

Se inclina hacia delante para atacar de nuevo.

—Voy a dejar clara una cosa: yo siempre consigo lo que quiero. Y lo que quiero ahora es Anderson Media. Puedo

comprarte la empresa en este mismo instante por un buen pellizco que te cubrirá las espaldas. O... —Se encoge de hombros como si no pasara nada—... puedo esperar a que los liquidadores intervengan dentro de seis meses, me la quedo a precio de saldo y tú te declaras en bancarrota. —Junta las manos por encima de la mesa—. Ambos sabemos que se acerca el final y no hay escapatoria.

—Chulito de mierda —musito.

Alza el mentón y se regodea con una mueca de orgullo.

—Los chicos buenos no se comen una rosca, Claire.

Cuanto más me esfuerzo por mantener la calma, más me aumentan las pulsaciones cardíacas.

—Piénsatelo. —Saca su tarjeta y me la ofrece.

Tristan Miles

Miles Media

212-884-4946

—Sé que no es así como te gustaría vender tu empresa, pero debes ser realista —prosigue.

Lo veo ahí sentado, tan frío y despiadado, y presagio que estoy a punto de explotar.

Nos miramos fijamente.

—Acepta la oferta, Claire. Esta tarde te mandaré una propuesta por correo electrónico. Me ocuparé de ti.

Se acabó. He perdido la paciencia y me echo hacia delante, con el cuerpo más cerca de él.

—¿Y quién se ocupará de la memoria de mi difunto marido, señor Miles? —Me burlo—. Seguro que Miles Media no.

Hace una mueca con los labios, incómodo por primera vez.

—¿Sabe algo de mí y de mi empresa?

—Sí.

—Entonces sabrá que mi marido la fundó porque era su sueño. Trabajó durante diez años para hacerla crecer. Su sueño era cedérsela a sus tres hijos.

Continúa con la mirada puesta en mí.

—Así que ni se le ocurra... —Doy un manotazo en la mesa mientras se me llenan los ojos de lágrimas— mirarme con esa cara de chulito y amenazarme. Porque, señor Miles, le aseguro..., le aseguro que nada de lo que usted pueda hacer me dolerá tanto como la muerte de mi marido. —Me pongo en pie—. He estado en el infierno y sé lo que es eso, y no voy a permitir que un ricachón mimado me humille de esta manera.

Sus labios forman una línea recta y se muestra impasible.

—No vuelva a llamarme —espeto mientras echo la silla hacia atrás con brusquedad.

—Piénsatelo, Claire.

—Váyase a hacer puñetas —exclamo. Acto seguido, me doy la vuelta y, hecha una furia, me dirijo hacia la puerta.

—Hoy tiene un mal día. Sin duda, lo pensaremos —balbucea Marley, avergonzada—. Gracias por la tarta, estaba riquísima.

Los ojos se me empañan. Enfadada, me seco las lágrimas mientras bajo a toda prisa por las escaleras y salgo por la puerta principal. No puedo creer lo poco profesional que he sido. Bueno, al menos le he plantado cara, o eso creo.

Marley acelera el paso para alcanzarme. Tiene la prudencia de guardar silencio. Entonces, mira a un lado y al otro, y dice:

—¡A la mierda el trabajo, Claire! Lo mejor que podemos hacer ahora mismo es cogernos una buena borrachera.

Tristan

Me planto junto a la ventana y contemplo Nueva York con las manos en los bolsillos. Una extraña sensación me roe las entrañas.

Claire Anderson.

Guapa, inteligente y orgullosa.

No importa cuántas veces haya intentado olvidarme de ella desde nuestra reunión de hace tres días, no puedo.

Su aspecto, su aroma, cómo se le marcaban los pechos con esa camisa de seda.

El fuego de su mirada.

Es la mujer más bella que he visto en mucho tiempo. No dejo de pensar en sus palabras. Una y otra vez.

«Así que ni se le ocurra mirarme con esa cara de chulito y amenazarme. Porque, señor Miles, le aseguro..., le aseguro que nada de lo que usted pueda hacer me dolerá tanto como la muerte de mi marido. He estado en el infierno y sé lo que es eso, y no voy a permitir que un ricachón mimado me humille de esta manera».

Me siento en mi silla y jugueteo con un boli entre los dedos mientras repaso mentalmente lo que voy a decir. Debería llamarla y concertar otra reunión con ella. Tengo miedo. Exhalo con pesadez y marco su número.

—Despacho de Claire Anderson.

—Hola, Marley, soy Tristan Miles.

—Ah, hola, Tristan —responde, con un tono de voz que delata lo contenta que se ha puesto con mi llamada—. ¿Quieres hablar con Claire?

—Sí, ¿está disponible?

—Te paso con ella.

—Gracias.

Espero y, entonces, contesta.

—Hola, soy Claire Anderson. ¿Qué desea?

Cierro los ojos al oír su voz: *sexy*, grave, seductora.

—Hola, Claire. Soy Tristan.

—Ah. —Guarda silencio.

Mierda, Marley no le ha dicho que era yo.

Me invade una sensación desconocida.

—Solo quería comprobar si estabas bien después de la reunión del otro día. No quería ofenderte. Perdona si lo hice. —Tuerzo el gesto en una mueca. ¿Qué hago? Esto no estaba planeado.

—Mis sentimientos no son de su incumbencia, señor Miles.

—Tristan —la corrijo.

—¿En qué puedo ayudarle? —exclama con impaciencia.

Me he quedado en blanco.

—¿Tristan? —me exhorta.

—Me preguntaba si te gustaría cenar conmigo el sábado por la noche. —Cierro los ojos, horrorizado. ¿Qué diantres estoy haciendo?

Se queda callada un instante y, entonces, pregunta, sorprendida:

—¿Me estás pidiendo que salga contigo a cenar?

Estoy confundido.

—No me gustó cómo nos conocimos. Preferiría hacer borrón y cuenta nueva.

Claire ríe con desdén.

—Esto tiene que ser una broma. No saldría contigo ni aunque fueras el último hombre vivo sobre la faz de la Tierra. —Y añade en un susurro—: El dinero y la apariencia no me impresionan, señor Miles.

Me muerdo el labio inferior. Ay.

—Nuestra reunión no fue nada personal, Claire.

—Para mí, sí. Y mucho. Búscate a una muñequita sin cerebro a la que engatusar, Tristan. No tengo ningún

interés en salir con un chupóptero como tú. —Se oye un pitido y cuelga.

Absorto, me quedo mirando el auricular durante un buen rato. Sus palabras combativas han hecho que se me dispare la adrenalina.

No sé si estoy sorprendido o impresionado.

Quizá ambas cosas.

Nunca me habían rechazado y, desde luego, jamás me habían hablado en ese tono.

Me planto frente a mi ordenador y busco en Google: «¿Quién es Claire Anderson?».

Capítulo 2

Seis meses después

Leo la invitación que tengo delante.

DOMINA TU MENTE.

Por Dios, menuda estupidez.

Tengo que escaquearme y no ir. No puede haber nada peor.

—Te irá bien —me anima Marley.

Miro a mi mejor amiga. Reconozco que está haciendo todo lo posible para que salga de mi zona de confort. Sé que lo hace con buena intención, pero esto es demasiado.

—Marley, si crees que una charla motivacional con un montón de chalados va a ayudarme lo más mínimo, es que estás peor de lo que pensaba.

—Anda, calla, si te lo vas a pasar genial. Vas, escuchas lo que dicen para que puedas centrarte un poco y vuelves con las pilas cargadas. Ya verás que tu empresa y tu vida irán como la seda a partir de ahora.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Estamos de acuerdo, al menos, en que deberías cambiar tu forma de ver las cosas? —me pregunta mientras

se sienta frente a mi mesa.

—Puede —suspiro, abatida.

—Y no es culpa tuya que estés de bajón. Te han pasado muchas cosas: tu marido fallece de forma repentina, te quedas a cargo de tres niños y haces todo lo posible para que la empresa no se vaya a pique. Un horror. No has dejado de luchar por salir adelante desde que murió Wade, y ya han pasado cinco años.

—¿Era necesario que lo dijeras en voz alta? Suena más deprimente todavía. —Exhalo de nuevo.

Entonces, alguien llama a la puerta de mi despacho.

—Adelante —grito.

Se abre la puerta y Gabriel muestra una amplia sonrisa.

—¿Lista para ir a almorzar, señorita? —Echa un vistazo rápido a Marley—. Hola, Marls.

—Hola —dice con cara de tonta.

La escena me divierte.

—Señor Ferrara. —Echo un vistazo a mi reloj—. Llegas pronto, pensaba que habíamos quedado a las dos.

—Tenía una reunión, pero ha acabado antes de lo previsto y me muero de hambre. Vámonos.

Observo a este imponente chico italiano. Es alto, moreno, guapo y viste de marca. Gabriel Ferrara es un ídolo en Nueva York, pero, para mí, es simplemente un buen amigo al que aprecio. Conocía a mi difunto marido y, aunque nunca traté con él mientras Wade vivía, se puso en contacto conmigo poco después de su muerte. Es el dueño de una de las empresas de comunicación más importantes del mundo y su oficina está bastante cerca de la mía. Me da consejos empresariales y solemos vernos para almorzar y ponernos al día, siempre que nuestras obligaciones nos lo permiten. No hay ningún interés sexual entre nosotros: es un pilar en el que me apoyo cuando lo necesito.

—Gabe, convence tú a Claire de que tiene que ir a la charla, por favor —suspira Marley, desesperada.

Gabriel frunce el ceño mientras nos mira.

—Vale... Claire, tienes que ir a la charla —repite sin entusiasmo—. Ahora, vayamos a comer. El *sushi* nos espera.

Marley me mira a los ojos.

—Tómame una semana libre y ve a París. Necesitas tiempo para ti. Aléjate de los niños. Yo me ocupo de la oficina. Hemos recibido una inyección de fondos y, por el momento, estamos bien. Aprovecha la oportunidad para reponer fuerzas.

Exhalo con pesadez. Sé que debo animarme. Ahora mismo, mi vida no es como esperaba; nada me motiva. Mi vida, que tiempo atrás fue desenfundada y alegre, ahora está llena de rencor. A veces estoy tan furiosa con Wade por dejarme con este marrón que le echo la bronca en mi cabeza, como si pudiera oírme, pero luego me siento fatal porque sé que él habría dado lo que fuera por ver crecer a sus hijos y nunca me habría dejado.

A veces, la vida no es justa.

Dicen que solo las buenas personas mueren jóvenes. ¿Y qué pasa con las mejores? ¿Por qué tuvo que irse él también?

—Ve a la charla —insiste Marley—. No voy a dejar que salgas a almorzar hasta que aceptes la invitación.

—Venga, sí, la acepta. Irá a la charla —dice Gabriel para zanjar la conversación. Cuando ve que no me muevo, exhala con fuerza y se desploma en el sofá.

—Sabes que no me va este rollo de las charlas motivacionales. —Me pongo en pie y empiezo a guardar documentos—. Hay que estar loco para creer esas mierdas que repiten una y otra vez.

—Necesitas un poco de locura porque los últimos años han sido muy complicados y sé que es una situación difícil a

la que cuesta enfrentarse —suspira Marley.

Sonrí con suficiencia.

—En eso tiene razón —comenta Gabriel con tono amable mientras mira el móvil.

Pienso en lo que dicen, aunque continúo organizando la oficina. En eso tienen razón. No me apetece nada arruinarme. Me recuesto en mi silla y miro a la optimista de mi amiga.

—Vamos, deberías hacer el viaje para reponer fuerzas. Es en Épernay, en la región de Champaña-Ardenas, en Francia. Joder, Claire, es el lugar más bonito del mundo. Y míralo así, supone una deducción de impuestos: o pagas el viaje o pagas lo que costaría en impuestos, tú decides. En el peor de los casos, te darán un masaje cada tarde y podrás ponerte hasta arriba de champán todas las noches con tu cena *gourmet* hasta desplomarte, pero, créeme, te alegrarás de haber ido.

—Épernay es un lugar precioso —masculla Gabriel, distraído—. Vale la pena ir solo por verlo.

—¿Has estado? —pregunto.

—Un par de veces. Fui con Sophia el verano pasado —dice—. Le encanta.

Me imagino sola en una habitación de hotel lujosa. Hace tanto que no voy de viaje... Cinco años, para ser exactos.

—La cena *gourmet* y el champán son tentadores.

—Si la charla es soporífera, siempre puedes saltártela y tomarte una semana para ti en Francia. Te vendrá bien descansar un poco —dice Marley.

Gabriel se pone en pie.

—Está decidido. Vas a ir. Y ahora date prisa, que me muero de hambre.

Dejo escapar un suspiro, exhausta.

—Hazlo por mí —suplica Marley mientras me toma de la mano—. Por favor. —Sonríe con dulzura y pestañea varias

veces para parecer adorable.

Madre mía, no se va a rendir nunca.

—De acuerdo —decido—. Iré.

Se levanta de un salto y aplaude emocionada.

—Ya verás, te sentará de maravilla. Es justo lo que necesitas. —Sale disparada hacia la puerta—. Voy a reservar los vuelos antes de que cambies de opinión.

Pongo los ojos en blanco y cojo el bolso.

—Ya me estoy arrepintiéndome.

—¡Ay, qué emoción! —Agita las manos en el aire y vuela hacia su escritorio como una flecha.

—¿Nos vamos? —pregunta Gabriel.

—Sí, pero no me apetece comer *sushi*.

—Vale. —Me hace un gesto para dejarme pasar—. Tú decides, pero rápido, que no quiero desmayarme.

* * *

—A ver, repasemos los detalles —dice Marley mientras bebe.

Asiento con la cabeza y doy un bocado.

Estamos almorzando en un restaurante.

Marley saca su libreta y empieza a repasar en voz alta la lista que ha preparado para organizar el viaje.

—Tus maletas están listas.

—Sí —concedo.

Marca la primera casilla.

—Llevas el pelo perfecto. —Sigue repasando la lista—. No tienes más reuniones —murmura para sí misma mientras sigue leyendo por encima el listado que ha escrito.

Yo sigo comiendo. No estoy nada entusiasmada con el viaje de la semana que viene.

—Ah. —Frunce el ceño y levanta la vista del papel para mirarme—. ¿Te has hecho la depilación láser?

Pongo los ojos en blanco.

—En estas conferencias surgen muchas oportunidades interesantes, Claire.

—Bromeas, ¿no? —No doy crédito—. ¿Quieres que vaya a la convención para que eche un polvo?

—Sí... —Se encoge de hombros—. ¿Por qué no?

—Marley. —Suelto el cuchillo y el tenedor con brusquedad—. Acostarme con alguien es lo último que me apetece hacer ahora mismo. Para mí, es como si todavía estuviese casada.

Le cambia la expresión y deja el boli y la libreta.

—Pues no lo estás, Claire. —Me acaricia el brazo para animarme—. Cariño, Wade murió hace cinco años. Estoy segura de que él no querría que pasaras el resto de tu vida sola.

Poso la mirada en mi plato.

—Él querría que vivieras la vida al máximo... por los dos. Noto que se me forma un nudo en el estómago.

—Y que fueras feliz y que te cuidara alguien que te quisiera.

Retuerzo los dedos en mi regazo.

—Es que no... —digo cada vez más bajo.

—¿No qué?

—Es que no creo que pueda pasar página, Marl —digo con pesar—. Es imposible que exista alguien a la altura de Wade Anderson.

—Nadie podrá sustituirlo. Es y siempre será tu marido. —Me sonrío con ternura—. Solo sugiero que salgas y te diviertas, eso es todo.

—Tal vez —miento.

—Deberías quitarte la alianza y ponértela en la otra mano.

Me entran ganas de llorar solo de pensarlo.

—Nadie se acerca a hablar contigo o a intentar ligar porque piensan que estás casada.

—Eso es exactamente lo que quiero.

—Pues Wade no. Y cuando considere que alguien es digno de ti, te lo enviaré, pero tienes que poner de tu parte.

Miro a mi querida amiga con los ojos inundados en lágrimas.

—Wade sigue contigo y siempre lo hará. Piensa que te está observando en todo momento, pero necesitas pasar página, Claire.

La miro a los ojos.

—Tuviste suerte de no morir en el accidente tú también, así que aprovecha la vida.

Dejo caer la cabeza y observo mi plato con atención. De repente, pierdo el apetito.

—Pediré hora para que esta tarde vayas a depilarte.

Vuelvo a coger los cubiertos.

—Pues pídeles que busquen una podadora, porque tengo un matojo considerable.

Marley se ríe.

—Pues eso hay que arreglarlo.

* * *

Paro el coche y contemplo la casa que tengo delante.

Nuestra casa.

La que Wade y yo construimos y en la que planeábamos envejecer juntos.

Nuestro pequeño paraíso en Long Island. Wade quería que nuestros hijos se criaran en una zona semirrural. Él creció en la ciudad de Nueva York y deseaba que los niños tuvieran un terreno enorme donde jugar a sus anchas cuando les apeteciera.

Ese fue el motivo principal que nos llevó a comprar un solar y construir nuestra casa. No es demasiado ostentosa ni sofisticada. Está revestida con tablas de chilla y cuenta con un porche, un garaje grande y una canasta de baloncesto en el camino de entrada. Cuatro dormitorios, dos salas de estar y una cocina rústica.

Refleja la personalidad de Wade y me recuerda mucho a él. Por aquel entonces, podríamos habernos permitido algo mucho más lujoso, pero él tenía claro que quería una casa de campo llena de niños y de risas.

Y eso es lo que teníamos.

Recuerdo la madrugada en que la policía llamó a mi puerta.

«¿Es usted la señora Claire Anderson?».

«Sí».

«Lo siento mucho, señora. Ha habido un accidente».

Las horas que siguieron a esas palabras fueron extremadamente dolorosas. Lo recuerdo como si fuera ayer: cómo me sentí, qué dije, la ropa que llevaba puesta...

El dolor de un corazón que se hizo trizas en ese momento.

Revivo mi propia imagen, rota de dolor en la morgue, mientras le susurraba a su cuerpo sin vida una promesa y le apartaba el pelo de la cara.

«Educaré a nuestros hijos como querías. Continuaré lo que tú y yo empezamos. Cumpliré todos tus sueños. Te lo prometo. Te quiero, mi amor».

Entonces, rompo a llorar y vuelvo al presente. No es bueno reproducir en mi mente ese momento una y otra vez. Rememorarle es como perderlo de nuevo.

El dolor no desaparece. De hecho, algunos días siento que acabará conmigo. No soy más que un cuerpo vacío por dentro. Mi organismo funciona, pero respiro a duras penas.

Me ahogo en un mar de responsabilidades.